

Escrito remitido por María Frisa de su paso por Valdejalón.

Cuando Anabel me invitó a participar en una actividad en la Comarca de Valdejalón, me alegré. Siempre es una satisfacción que cuenten contigo, (seguramente porque el frágil ego del escritor necesita, entre tanto trabajo solitario frente al ordenador, esos pequeños estímulos que son como piedrecitas indicándonos que ese es el camino correcto, que todas esas horas no son en balde, que hay personas que aprecian lo que tú escribes).

Además cuando me dijo que la actividad era un club de lectura mi satisfacción fue mayor porque, si bien también es agradable dar una conferencia o un taller, un club de lectura supone asumir que las personas que van a acudir han leído tu obra - independientemente de que les haya gustado mucho o nada- y para mí eso es muy importante. Puede parecer un tópico, pero me interesa lo que los lectores tienen que decirme, en numerosas ocasiones han aportado una perspectiva que yo ni siquiera había tenido en cuenta y han ampliado mi visión.

Como digo, me alegró mucho que me invitara pero, conforme se acercaba la fecha comenzó a vencerme el pesimismo, el mismo que me susurra al oído en estos casos machaconamente: ¿y si no viene nadie?, ¿y si nadie ha leído tu novela?, ¿y si les ha parecido ridícula?

Conforme iba ganando kilómetros y me acercaba a Salillas esos pensamientos iban venciendo a la alegría, sobre todo el de que estuviéramos solas Anabel y yo, y no crean que estos temores son infundados, no. Estoy segura de que casi todos los escritores hemos pasado por la experiencia de tener un auditorio de tres o cuatro personas, y que alguna, además, se levantara y se marchara antes de terminar. ¿Es culpa del escritor?, ¿del organizador? No importa porque en cualquier caso es un mal trago que a mí todavía me cuesta digerir.

Al llegar a Salillas vi que eran las fiestas y eso únicamente sirvió para acrecentar mis recelos, sin embargo al entrar en la Casa de Cultura me recibió una amable alcaldesa que me invitó a un refresco mientras esperábamos y poco a poco fueron llegando mujeres (hay que reconocer que en este país ,en el que estadísticamente está demostrado que las mujeres leemos más que los hombres, se cumple la regla de que a los club de lectura, independientemente del lugar o la población, acuden una gran mayoría de féminas).

Subimos a la sala donde se iba a celebrar el acto y se fue llenando. Mujeres que se saludaban, que hacían comentarios por lo bajo: “A mí no me ha dado tiempo de terminarlo”, “a mí tampoco, sólo me falta el último capítulo”, “pues yo no pude soltarlo en cuanto lo empecé”, “yo estoy esperando que me lo pasen”... como alumnas que acuden con los deberes sin hacer a clase, y sin que se percataran yo empecé a sonreír por dentro, mientras un fotógrafo aprovechaba para sacar unas instantáneas.

Mis temores fueron tan infundados que incluso apareció Roberto y varios componentes del club de lectura de Ricla. Ellos ya eran viejos amigos pues había asistido en... febrero del 2007, puntualizó Roberto, y recordaba la experiencia como una de las más acogedoras a pesar del frío que hacía esa tarde.

Anabel me presentó y alabó, yo hablé y hablé. Les conté cómo surgió mi vocación, el golpe de suerte que me llevó a publicar en el grupo Planeta y sobre todo anécdotas. Se fueron animando y plantearon alguna tímida pregunta, algún comentario sobre que no resultaba una lectura sencilla, algún halago... y el tiempo que siempre me parece imposible llenar con palabras se encogió misteriosamente y, de repente, ya era tarde. Como colofón Anabel me sorprendió entregándome un obsequio, una hermosa pieza de mármol que me encantó y que ya ocupa un lugar en la estantería de mi despacho.

Todavía estuvimos un grupillo tomando algo antes de despedirnos, hablando de otros escritores, de experiencias, de deliciosas banalidades y después Anabel me acompañó al coche y entonces me reveló que Salillas no era un pueblo cualquiera, que aquel era su pueblo y, aunque entonces no se lo dije, le agradecí que lo hubiera reservado para mí porque comprendí que muchas de esas mujeres que me habían escuchado tan atentamente, y que incluso se habían reído en varias ocasiones, habían venido por ella, no por mí, que me había protegido no sólo con su presencia y elogiando mi libro, sino asegurándome un público entregado.